TODOS LOS DÍAS MUERE ALGUIEN

EL LIBRO LACRE I

EDICIÓN REVISADA

EDUARDO NORIEGA

Círculo Rojo
EDITORIAL

Círculo Rojo
EDITORIAL

TODOS LOS DÍAS MUERE ALGUIEN

TODOS LOS DÍAS MUERE ALGUIEN

EL LIBRO LACRE I

Edición revisada

EDUARDO NORIEGA

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición revisada: junio 2025

Depósito legal: AL 4989-2025

ISBN: 979-13-7016-207-8
Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto y de las ilustraciones: Eduardo Noriega
www.eduardonoriegaseijas.com
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

Índice

INTRODUCCIÓN 15

1. Cuando un encuentro en el bosque cae encima 17
2. Oportunidad para el descanso en la piedra 29
3. Nuevos percances en el camino..... 41
4. Entre recuerdos y desasosiego 55
5. Los encuentros que marcan una vida 67
6. Con falsarios cometidos, uno siempre subsiste..... 79
7. Óbito en el patio, bajo la torre negra 89
8. Nada hay tan tedioso como celebrar un consejo… 103
9. … O tal vez sí que lo haya..... 117
11. Cuando ya están claras las pretensiones..... 129
11. Intendencias y persecuciones 135
12. Mantén el ritmo y escucha: aprenderás 149
13. Ideando planes ante los mares circundantes 163
14. Enfrentamiento 179
15. No siempre llega la calma tras la tormenta..... 189
16. Todo parece conducir al mismo sino..... 197
17. Opciones y reencuentros 207
18. Sin alternativas en el azogue 219
19. Es cuanto hay que hacer: ayudar al necesitado 229
20. Al final hay que decidirse, no caben demoras..... 241
21. Como reclutas, pero vivos..... 247
22. Recabando información..... 259
23. Espía a su pesar 271
24. Con presente sangriento ante tu señor..... 291
25. Inculpado por un tartaja..... 297

26. Estudiante en una isla mágica 307
27. Nada acontece como uno espera 319
28. Todo decidido entre separaciones y reuniones 333
29. Anochecer hostil, batalla cercana 349
30. No termina la jornada si las sombras aún son visibles 369
31. La condesa mongaut 387
32. Ancianidad y belleza, mezcla necesaria 399
33. Sin la presencia del duque 409
34. Derrotados, mas no rendidos 417
35. Unos días de convalecencia 435
36. Demasiado pronto para ser duque. ¿O tal vez no? 445
37. Andando, de nuevo en el camino 461
38. Seguir al fugitivo, no queda otra 473

EPÍLOGO 479

APÉNDICES

1. MAPAS 483
2. PERSONAJES – LINAJES 491
3. SOCIEDAD – HISTORIA – LENGUAJE 501
4. MAGIA 503
5. CUENTA DEL TIEMPO 505
6. RELIGIÓN – DIOSES 506
7. MONEDA – UNIDADES DE MEDIDA 509
8. BESTIARIO 513

AGRADECIMIENTOS 519

FRONTERAS
CAMINOS
RÍOS
MARES CIRCUNDANTES
(Area Norte)
MONTAÑAS NEGRAS
EL IGNOT
MONTAÑA
TIERRAS DE
HOMERIA
Año 3469 Tras la Gran Caída
PLAYAS INTERIORES DE FURTIVELIA
MONTES ÉTEREN
MOU
FURTIVELIA
Ducado Fernson
CIUDAD
DEL FARO
MONTES GRAJADENTS
LLANURAS DINSORIAS
BOSQUE SALADO
ISLAS CUMBIANAS
MAR CONTENIDO
MONTAÑAS HELADAS
MEDULIA
HOMERIA MINOR
BOSQUE HOMÉRIEN
PLAYAS PUERTERRAS
ABURAO
Baronía Chassu
0 10 20 30 40 50 100
Distancias en Leguas

MONTAÑAS INFRANQUEABLES
PURIA
Condado Belros
UOSTARI
SIERRA UMBRA
ISIAHRIA
Baronía Thomas
TIERRAS DE NADIE
SERRANÍA DEL DOLOR
ESTRAILAN
MONTAÑAS DEL CORTE
CORDILLERA CORTOFAGO
ZOLROXPAO
Marquesado Boyl
EL RISCO
BOSQUE DE LOS ECOS
QUAXUPAO
Marquesado Benton
ACANTILADOS EARTEN
FRONDA ROJA
BREME
OTONOMIA
Condado Mongaut
ACANTILADOS TERRENALES
VILLAWIZ
ISLA DE LOS MAGOS
MONTES ARCANOS
MARES CIRCUNDANTES
(Area Sur)

INTRODUCCIÓN

Esto que sigue lo comencé en unos días en que no me apetecía iniciar nada, arrancar con un proyecto nuevo. Pero, como había detectado hacía mucho tiempo una clara diferencia entre el primer tomo de *El Libro Lacre* y los siguientes, por demasiadas razones como para enumerarlas, la idea de una revisión de *Todos los días muere alguien* comenzó a tomar forma en mi cabeza.

Allá por mayo de 2023 esta revisión (ni siquiera sé si esa es la palabra correcta, todavía ignoro demasiadas cosas del mundo editorial) del primer tomo empezaba su camino, con la firme convicción de alterar lo menos posible su contenido, pero dando al texto la forma y tono que conseguí en los tres últimos, mucho más homogéneos.

Este repaso se convierte, al tiempo, en una oportunidad para deshacer algunas (pocas y pequeñas, pero existían) incoherencias entre lo que había en el tomo editado y lo que fue después el resto de la historia.

Las notas a pie de página (las tenía escritas para el primer tomo, pero en un arrebato que todavía no entiendo decidí que no aparecieran en la versión final), el uso del pronombre enclítico excepto en las gentes faltas de educación para acentuar el barniz *antiguo* del lenguaje… todo ello debería tener adecuado reflejo en las páginas que siguen.

Veamos cuánto éxito tuve.

Feliz lectura.

1. CUANDO UN ENCUENTRO EN EL BOSQUE CAE ENCIMA

Bosque sin nombre, ciclo[1] Senescente del año 3468 tras la Gran Caída

Estos no son días para gente como yo.

Siete días atrás tuvo que escapar corriendo como pudo de un poblacho cuando lo pillaron tomando prestada una hogaza. Lo peor fue que no tuvo ni tiempo a explicar que iba a pagarla un poco más tarde.

Al día siguiente escondiose en un pajar cercano. Uno de la aldehuela anterior llegó y comenzó a hablar mal de él en la taberna del pueblo, como si fuera un delincuente, hasta que todo el vecindario soliviantose contra él, los muy lerdos.

Hacía cinco días, un zapatero ignorante no compartió su idea de abonar con poesía el coste de unos botines. Antes siquiera de comenzar a regatear, estaba ya persiguiéndolo por todo el pueblo. También escapó por pies.

Dos días después, un par de soldados de Otonomia, tan sombríos como maleducados, casi lo atraviesan con sus espadas, simplemente porque una de sus canciones parecioles demasiado subida de tono y tomaron aquello demasiado a pecho. Cualquiera diría que la canción, en lugar de hablar de la bella Frivolita, tratase de sus bovinas esposas. Cuando aclaró ese detalle, la cosa no mejoró.

[1] Ciclo: medida temporal utilizada en Homeria, de duración aproximada equivalente a dos meses de nuestro tiempo. El año se abre con el ciclo Gélido, al que siguen los ciclos Nubloso, Florido, Tórrido y de la Cosecha. El año acaba con el ciclo Senescente. Véase APÉNDICE 5. CUENTA DEL TIEMPO

Aquella misma mañana había tenido que abandonar la incómoda pero cálida cama compartida con una deliciosa muchacha, de nombre ya perdido en algún lugar de su desmemoria, para huir de su furibundo padre, que no entendía que el frío aconsejaba dormir acompañado, a diferencia de su solícita hija. Las prisas obligaron a que marchara sin despedirse, sin llevarse algo más de comida para el camino, sin poder autoprestarse aquella capa para el invierno que vio colgada en el zaguán. Sin todo lo que hubiera deseado llevarse. Y, ¡hala!, a correr y, al cabo de unos angustiosos momentos de fuga, a caminar.

Lenn llevaba tantas leguas[2] caminadas ya que hacíalo hablando solo, renegando de todo, incluso de sí mismo. Más aún cuando veía acercarse la consunción del día sin asomo de una buena cama donde descansar y una cena caliente que degustar.

En aquellos tiempos, un paladín de la canción y la poesía como él, si quería sobrevivir, tenía que ir alquilando su arte al mejor postor, de aldea en aldea, de fonda en fonda. Miraba al frente, al Camino Real que tenía ante sí, y este no vaticinaba nada agradable.

Lenn sintió como algo vivo uno de aquellos bosques que poblaban Homeria cuando acometió la aventura de cruzarlo. Estaba decidido a continuar hasta encontrar un buen lugar para pasar la noche. Necesitaba llegar a Valdor del Camino antes de que el invierno hiciese del viaje una quimera. Unas semanas más y los pasos de las Montañas del Corte serían impracticables hasta pasada la estación fría. El que inventó el transcurso del tiempo, la sustitución de un ciclo por otro alternando los cielos claros con el malvivir, no tenía prisa por llegar a ninguna parte. Y menos a través de las Montañas del Corte.

Al adentrarse en el bosque, cuyo nombre no conocía y que no aparecía en el bosquejo imposible de llamar mapa que llevaba consigo, un escalofrío cayó sobre sus hombros. Fue entonces, tras adaptarse a la poca luz, cuando una mirada cuidadosa hízole percibir con más nitidez los extremos del enorme y vivo organismo en el que habíase adentrado. No sintió miedo. Sintió quietud y seguridad. Aquello pasmó y dio ánimos a Lenn para continuar con su camino.

Notó las hojas de los laureles rozándose entre sí, asemejando una música anómala y singularmente acompasada. Percibió cómo las ramas

[2] Legua: unidad de longitud, equivalente a unos 5.250 metros. Véase APÉNDICE 7. MONEDAS – UNIDADES DE MEDIDA.

blanquecinas de las hayas formaban un techo que hacía rebotar los sonidos, ampliándolos, sobre el que las arañas caminaban a su extraña manera. Alimañas menudas corrían hacia todos lados haciendo su vida, insensibles a la presencia de Lenn. Advirtió el bisbiseo de algo que no alcanzaba a regato y que a su vez era marejada para la columna de hormigas que intentaba en vano atravesarlo, cruzando la senda bajo sus piernas. Apreció el croar de un sapo, o rana o a saber qué, que retumbaba entre las paredes de la arboleda como un eco en una habitación cerrada, hasta dispersarse como niebla matutina. Reparó en cómo el calor del sol maduro había cedido su lugar al relente de las hojas cargadas del rocío aún vivo. Prosiguió su paseo, indeciso y osado a la vez.

Un aullido prolongado manó de algún lugar y llegó hasta Lenn, haciéndolo estremecerse como si estuviera en las heladas cimas de las Montañas del Corte sin abrigo ninguno. Otro sumose al anterior. Y otro después. No era el mismo animal que aullaba tres veces seguidas, sino tres animales aullando al tiempo. El silencio indeciso que siguió paralizó al caminante. Pensaba en el origen de los alaridos.

No tuvo tiempo de más averiguaciones. Lo siguiente que Lenn escuchó fue una especie de rugido sordo y amenazador, cortado tan repentinamente como había empezado aquel concierto animal. Quizá fue un gañido de queja, pero no podría jurarlo. Pasaron unos instantes muy largos. Lenn consideró más prudente acelerar el paso hasta casi correr, aunque no sabía si era para acercarse o alejarse de donde algo que ignoraba, peligroso sin duda, había sucedido. Solo podía seguir el camino.

Tras una hora, comenzó a dolerle una ampolla en el pie izquierdo. Hacía una semana había reparado en el estado de sus botas y ya entonces habíales augurado un mal futuro. Lenn tuvo que detenerse al amparo de un haya centenaria cuyo tronco estaba invadido por una hiedra de un verde brillante que ascendía por él, sabedora de dónde convenía arrimarse, como buen parásito. El manto de musgo en su base sirvió de acomodo.

Extrajo de su morral la manzana que habíale dado la chica de la fonda. Miró a Lenn con ojos que suplicantes que pedían ser raptada cuando, con lo penúltimo que quedaba en su faltriquera, pagó el plato de sopa y el mendrugo de pan. Esa sería toda su merienda de aquel día y pensaba disfrutarla. Aún no sabía cuánto quedaba de bosque ni si habría otro sitio donde descansar allá adentro. Devoró con deleite su manzana, sin pelarla siquiera con la nimia navaja que siempre llevaba oculta. Sorprendiose pensando en lo que haría una vez llegara a Valdor

del Camino. Imaginaba que el condestable de la ciudad tendría para él un sitio fijo en su cámara de juglares. Así debía ser, ya que nada más escucharlo no podría dormir sin oír su voz narrando una de sus historias de valientes caballeros que rescataban beldades de injusticias en que estaban sumidas por afanes de viles barbudos, hijos de incestuosos azares. ¿O acaso sería mejor intentarlo en el hogar del conde? Menos interesante, pero tal vez más prestigioso y seguro, si bien El Risco parecía un lugar menos deleitoso que Valdor.

Solo despertó de ese complaciente sueño cuando un zorzal dejó el resto de su digestión sobre la manzana, salpicándole la pechera y haciéndole proferir un juramento de los que aprendió de su abuelo. Habíale enseñado muchas cosas, entre ellas una retahíla de tacos y palabrotas que harían enrojecer a rudos marineros de pura vergüenza. No tiró la fruta. Lamió el excremento y escupió. No estaba el mundo para tirar comida por esa nimiedad. Pero hizo que espabilara, obligando a levantarse del cojín de musgo y retomar el camino.

No eran días seguros para vagabundear por las sendas de Homeria: la carestía había hecho que proliferasen los salteadores. Las caravanas tenían que dejarse una parte de sus beneficios en contratar los servicios de milicianos que velasen por su integridad. Así, los antaño habituales comerciantes solitarios, o agrupados en parejas, familias y otros numerales, vagaban por los caminos sustituidos por auténticas caravanas de al menos dos docenas de integrantes, que estropeaban las calzadas a cada paso de sus gruesas ruedas y pesadas recuas.

Lo que hizo detenerse a Lenn en el claro eran tres malencarados, malhablados, malolientes, malhadados, malhablados, malandrines y malcriados maleantes. Malos. El que parecía llevar la voz cantante era el más grueso del grupo, el único que podía ver Lenn en ese instante, que avanzó hacia él, salido de la nada.

—Buenas tardes —anunció con una ligera reverencia que permitió ver una postilla enorme, herencia de alguna pelea, donde los gallos tienen su cresta.

—Buenas tardes también para vos. —Lenn no creía que pudiera merecer ese tratamiento de respeto, pero nada perdía con ello.

Al hacer la reverencia, el aparecido trastabilló y casi cae a un lado.

—Buenas tardes —repitió nuevamente el recién llegado.

Tenía una leve cojera en su pierna izquierda, seguramente lo que hizo peligrar su equilibrio. Rollizo todo él, sus ropajes desmentían la

elevada posición que sus educadas palabras pretendían. Nada en ellos era limpio ni nuevo ni de buena calidad.

—Buenas tardes, en efecto. Y hasta más ver, ya que, sintiéndolo mucho, tengo asuntos que resolver que impiden quedarme aquí a charlar con todo aquel que encuentre en el camino, por más que sea merecedor de ello.

—¡Buenas tardes, maldita sea! ¡Buenas tardes he dicho! —Más que decírselo a Lenn, parecía estar gritándolo al interior del matorral. Al cabo de un momento dedicó una torva mirada al juglar, al notar que el matorral no devolvíale esas buenas tardes tan deseadas.

—¡Buenas tardes! No sabía que la gente fuese tan educada por estos lares…

—¡Bul, pedazo de boñiga de burro muerto, buenas tardes! ¡Buenas tardes! —Eran claros berridos en aquel momento lo que profería el saludador desconocido.

—Buenas tardes, repito. Pero no sé por qué aventurada razón dirígese a mí como Bul, ya que ese no es mi nombre.

En el momento en que Lenn intentaba escapar de aquella especie de loco, el tal Bul apareció, aseándose las boceras con el dorso de la mano. Aterrizó en el claro saltando desde una rama de un plátano cercano, que temblequeó ostensiblemente.

—Buenas tardes, señor. —Miró de reojo a su compañero que tanto saludaba.

Tras el instante de reconocimiento, centró sus ojos saltones en Lenn. Desenvainó una daga más sucia que afilada, que aprestó hacia su frente. Ocupaba tanto bosque como tres Lenns juntos, aunque su cabeza, fea e inquisitiva, era mucho más pequeña que la del bardo.

Lenn ya no sabía si eran buenas las tardes o no. Comenzó a temerse una azotaina, un vapuleo y una noche más pasando frío sin su capa y sin las tres monedas de su saquillo para pagar un fuego en alguna fonda. O algo peor.

—Buenas tardes, buenas tardes… perdona, Mandi. —Ese era otro, que apareció desde detrás de un haya destoconada a media altura. Era igual que el caído de la rama, pero con una enorme verruga junto a la ventana derecha de su nariz. Iba vestido con una sobrepelliza parda y sucia, en vez del chaquetón sin botones gris ceniza de su hermano.

—Buenas tardes, señor —retomó la palabra el primero, tras un bufido de resignación, dirigida de nuevo a Lenn—. Qué agradable sor-

presa encontraros por aquí. ¿Vais de camino a La Piedra, por un casual? ¿Cómo os llamáis, si no es indiscreción?

—Lenn, mi nombre es Lenn. Voy al sur y tengo prisa. —Empezaba a asustarse más de lo que hubiera deseado.

—No hay razón para la prisa, señor. En estos días, la prisa solo puede hacer que uno tropiece y caiga al suelo. Y ahí podría acabar esa carga tan pesada —dijo, señalando al hatillo—. Mi nombre es Mandi, Mandi de Ría, y los tres somos viajeros, como vos. Permita que presente a mis amigos y compañeros: Bul y Lars. Son hermanos, como podrá ver a poco detenga en ellos sus ojos. ¿Sabe?, creo que podremos hacer una buena obra si aligeramos su carga. Diría que ese hatillo pesa demasiado para alguien tan liviano como vos.

—Gracias, señores, y encantado de conocerlos, pero no es nada pesado. Lamentándolo enormemente, reitero que tengo prisa. En otra ocasión quizás tengamos un momento para conocernos mejor y hablar de Filosofía, si es su deseo.

—¡Un filósofo! Lo que yo decía, alguien de condición tan elevada no está hecho para llevar pesos como el suyo. Lars sin duda querrá ayudarlo. ¿Verdad, Lars?

Lars miraba una mariposa negra posada en su brazo pero, al oír a su jefe, volteó su cara a Lenn y mostró un mangual que llevaba a la espalda. Balanceó el arma delante de él, embobado a medias por la mariposa, sonriendo sin saber por qué.

—Sí, claro. Lo ayudaremos, como Mandi dice.

—No es necesario, muchas gracias. Si no tienen más objeciones, continuaré con mi peregrinaje.

—¡Además es un peregrino! Suma una labor espiritual a la de su inteligencia. Esta maravilla no puede dejarse pasar sin conocerla mejor, sobre todo su equipaje —Bul situose delante de Lenn y, a una seña de Mandi, la daga quedó a menos de un palmo de su pechera. El tono cambió: hízose más ácido, amenazante—. No lo diré más veces: sea un maldito vagabundo zolroxpasio o no, pose el hato en el suelo. Entonces, podrá continuar sin problemas.

Ya empezaba a costarle tragar la saliva. Lenn estaba valorando si merecían la pena las tres monedas por su vida. Tres monedas, una vida. Tres eran más que una, pero ¿tanto más? No estaba seguro. Cuando empezaba a restar una de las monedas a la balanza mental en la que sopesaba sus posibilidades, escuchó un gruñido tras Lars. Y no era la mariposa negra.

Era negro como ala de cuervo, pero al mismo tiempo era blanco. Negro en sus flancos y en el lomo, y blanco en el pecho, cabeza y patas delanteras. Era el perro más colosal que Lenn hubiera visto en toda su vida, con un pelaje largo y descuidado. Desde aquella colosal cabeza, alzada a una altura de media braza[3], las babas pendían hasta el suelo. Si la pelambrera hubiéralo permitido, habría visto que uno de los ojos era de un azul prístino y el otro de un castaño terroso. Que los ojos estuvieran velados por el flequillo de aquel animal dábanle un aire de peluche inofensivo y, al tiempo, de malévolo asesino cuyas intenciones eran imposibles de adivinar, por tener celada a la vista su mirada.

Gruñía. Rumiaba un sordo murmullo que alzábase y descendía a la vez que su respiración. Atemorizaría a cualquiera.

El discurrir del Maestro Tiempo pareció asustarse también y detenerse un instante, mientras esa estampa quedaba grabada en los ojos verdes de Lenn. No sabía qué infundía en él más pavor: si la perspectiva del mangual y la daga de Lars y compañía, o el rezongo hosco del can lanudo que miraba hacia él sin verlo.

Quien estaba más cerca del perro era Bul que, al notarlo más cerca de su espalda que de su daga, no estaba seguro de a qué debía prestar su atención. Si quitaba su vista del viajero, Mandi iba a abroncarlo. No quería eso. Pero el perro parecía temible. Hasta el momento, había tenido que vérselas con perros y siempre había ganado, pero eran del tamaño de gatos, no del pelo de aquel, que parecía un poni. Recordó en aquel momento que, cuando era más pequeño, sí que había sufrido daño por un perro. Fue el perro faldero de la esposa del molinero, que no permitió que fuese a molestar a su ama cuando espiaba mientras veíase con el señor de las telas. Aquel resultó ser el primer día que vio a una mujer sin ropa. El perro mordió su tobillo, de modo que maleó su espionaje, mientras ladraba como un condenado. Menos mal que tenía la talla de un conejo mediano. Aun así, dolió mucho y tuvo hinchazón durante más de tres semanas.

Tomó una decisión. No iba a quedarse sin pie. Si aquel animalillo habíale hecho tanto daño, a saber qué podía hacer esa bestia. Fue la decisión más rápida de su vida, confiado en que era también la más segura. Bul volviose cara al animal, dejando a Lenn delante de Mandi y de Lars

[3] Braza: unidad de longitud, equivalente aproximadamente a 1,75 metros. Así, media braza serían 85-90 cm. Véase APÉNDICE 7. MONEDAS – UNIDADES DE MEDIDA.

que, atontado como siempre, no movió ni un párpado. Su hermano aguardaba una señal que indicase cómo debía moverse.

El giro hacia el perro hizo que su navaja pasase de estar delante del pecho de Lenn a situarse a pocos dedos[4] del hocico del animal. Ese fue el mayor error de todos.

En cuando tuvo un objeto amenazante ante su cara —¿cómo pudo verlo, con esa cortina de lana delante de sus ojos?—, de un zarpazo hizo desaparecer el abrecartas de Bul. Lo que pasó luego sucedió tan deprisa que Lenn no pudo advertir más que el resultado final: Bul en el suelo con el brazo derecho sanguinolento, colgando de una manera desarticulada de su tórax, Mandi corriendo como si la peste fuera tras él y Lars a unas cuantas brazas de su mangual, que había ido a caer lejos, en el sotobosque, sujetándose la rodilla izquierda, rota bajo la prensa de la mordida del perro. Lars gritaba, a un volumen como el de la mujer del molinero, pero por razones distintas. Y con un tono algo diferente también.

Mientras todo eso sucedía, Lenn, temblando como un pámpano en un vendaval, no hizo más que encogerse tanto como pudo, para evitar que alguna de sus extremidades acabara también desmenuzada por los dientes de esa cosa hirsuta de colores tan opuestos. Al cabo de un instante encontrose delante del bruto, que miraba hacia él con aparente poco interés. O tal vez no. Era imposible saberlo tras aquel dosel de pelo.

El perro, serio, si es que podía estar así aquel monstruo, enorme, inclinaba la cabeza hacia un lado y otro alternativamente. Parecía estar dilucidando si también acababa con aquel aperitivo que era Lenn. Las fauces del animal goteaban sangre de bandido, que no molestábase en relamer. Más allá de ese goteo, el monstruo no producía ruido alguno, lo cual aterraba aún más a Lenn.

En esas estaba, decidiendo si estaba mejor con ese demonio peludo que con los tres delincuentes previos, cuando apareció en el claro un viajero. Caminaba limpiando su espada de algo que parecía sangre. Cuando estuvo a poco más de un pie[5] de distancia de Lenn dio la hoja

[4] Dedo: unidad de longitud, que equivalía aproximadamente a 2,5 cm. Así, cuando se habla de pocos dedos, se dice que algo está muy cerca. Esta unidad era, posiblemente, la más variable de todas las usadas en Homeria, según el territorio. Véase APÉNDICE 7. MONEDAS – UNIDADES DE MEDIDA.

[5] Pie: unidad de longitud, equivalente a 0,25 metros. Véase APÉNDICE 7. MONEDAS – UNIDADES DE MEDIDA.

por limpia y enfundola. En ese momento pareció advertir la presencia de Lenn. Miró al extraño de arriba abajo y luego de abajo arriba. Seguidamente, alejose un par de pasos, para que entrase todo Lenn en su campo visual, y ladeó levemente su cabeza, embozada en una caperuza azul marino gastada y con bolas de la lana colgando. Luego dirigió su mirada y su voz, que sonó grave, rasposa y cavernosa, como si naciese de las tripas de aquel hombre, al perro:

—Dominó, ¿qué has hecho? Espero que no os haya causado daño alguno. Si así fuera, sintiéndolo mucho, no podría compensaros —añadió, dirigiéndose, esa vez sí, a Lenn.

—¿Dominó? ¿Así llámase esta, este… esto? ¿Qué tipo de animal es? Nunca había visto nada igual.

—Es un perro, creo, nunca hemos hablado de eso. Somos compañeros de viaje, pero no es muy parlanchín. ¿Os ha provocado algún quebranto?

—No, no. Siendo sincero, creo que estoy indemne por él, de hecho. Gracias, señor…

—A mí no, a él. Buen camino. —Dicho esto, prosiguió su caminata.

Lenn pasmó.

Tembló aún más cuando Dominó pasó por su lado, en pos del viajero, instante en que dedicó a Lenn un leve bufido. El bardo quedó solo en el claro. Nada más que los restos de los salteadores permanecían aún allí, llorando, lamentándose, mirando al perro como si fuera el mismísimo Marwoll[6].

¿Tendría algo que ver aquel hombre con los aullidos que había escuchado poco antes? La sangre que vio y desapareció de su hoja no anunciaba una profesión pacífica. Podía ser lo único que quedaba del animal que había emitido poco antes aquellos gritos escalofriantes. En esos días, todo aquel que no atacaba a uno podía ser considerado como buena persona. No todo enemigo era antes un amigo, pero más valía un desconocido quizá enemigo que unos enemigos desconocidos, pero probables.

Decidió que un viajero armado que no habíale causado contrariedad alguna, cuando podía haberle abandonado en pelota y sin una

[6] Marwoll: dios zolroxpasio de la muerte, cuyo símbolo es una calavera, no siempre humana. Es el dios más relevante del panteón zolroxpasio. Véase APÉNDICE 6. RELIGIÓN – DIOSES.

moneda encima con solo sugerirle a su animal que ¿mirase? hacia él, y que, además, había librado a Lenn, aun involuntariamente, de aquellos bandidos, no podía ser mal compañero de viaje. Estaría más seguro con él que solo. Además, iba en su misma dirección. Apresuró sus pasos y fue en pos del caminante encapuchado y de su terrorífico amigo.

—¡Esperad, esperad! ¿Os importa si os acompaño? Voy hacia allá también y no soy mal conversador.

—Yo no converso —dijo el desconocido sin mirarlo, mientras daba palmadas en el muslo izquierdo, algo que debía significar un mensaje para el perro, que alzó el hocico y fue hacia allí—, solo camino.

—No hay problema, yo conversaré por los dos. Tengo conversación de sobra. ¿Sabéis? Mi nombre es Lenn, de oficio oficial, Maestro Contador de Historias y oficioso, cualquier tarea que sea capaz de poner un mendrugo en mi plato y mi maltrecho cuerpo en un lecho más blando que el rudo suelo de una cuadra. Puedo contaros las Mil Historias de…

—Vale, vale. Si quieres ven, pero calla.

Había pasado a tutearle tan repentinamente que Lenn no sabía si era buen o mal síntoma. Prefirió pensar que era algo prometedor, porque eso iba más acorde con su intención de continuar caminando con él y con su sempiterno optimismo. Echó a caminar por el flanco del peregrino en el que no caminaba el perro, para el que parecía que Lenn, gracias a los dioses, no existía.

En realidad, no era así. Había sido iniciativa de Dominó socorrer a aquel incauto del ataque de los salteadores, a saber por qué. Parecía que había pensado por los dos. Tenía a sus perseguidores cada vez más cerca y sabía que buscaban a un hombre caminando con la única compañía de un perro grande. El encuentro con los lobos de aquella mañana, seguramente enviados por el mago del conde, auguraba que el cerco estábase estrechando. Algo debía cambiar si quería evitar a sus hostigadores de una vez por todas. Era posible que, si caminaba con alguien y, por tanto, el número de miembros del grupo objeto de caza era otro, resultase más sencillo cruzar aquellas tierras tan hostiles, tan cercanas a su enemigo.

Tal vez para entonces, si algún hado era propicio o si tenía fortuna, hubiera hallado al Viajante, a quién tanto tenía que preguntar. Tanto por lo que buscarle. Tanto que hallar si al fin encontraba al anciano.

Era posible que ya hubiese dado con el Libro. Tenía que averiguarlo antes de continuar con su peregrinaje, que parecía no tener fin a

lo largo y ancho de todas las tierras de Homeria. No había tenido éxito en sus pesquisas y el alma dolía más con cada paso.

Había cabalgado a lo largo de las Llanuras Ardientes, había navegado por los Mares Circundantes con tempestades que habrían hecho vomitar a marineros de toda la vida, había cruzado las Montañas Negras hasta alcanzar el Ignoto, había transitado por el Cenagal del Hambre y respirado sus miasmas[7]. Todo sin resultado. Pese a su gusto por la soledad, comenzaba a advertir que esta influía en que su descreimiento creciera por días, en su cada vez mayor falta de fe, inmerso en aquellas tierras malvadas plenas de hombres malvados, a los que solo el Libro podría ayudar a vencer. Así tenía que creerlo. Así tenía que ser.

Había de encontrar al Viajante. Y pronto. Por molesto que pudiese resultar, aquel hombrecillo resultaría útil en tal empresa. En todo caso, si llegaba algún día su molestia a superar su utilidad, con acabar con él ya estaría todo arreglado. Ningún problema era irresoluble al punto de que la muerte del causante no pueda paliarlo.

—¡Vamos, Dominó! —El viajero palmeó de nuevo su pierna y aceleró el paso, ignorando a Lenn por completo—. Tenemos que salir cuanto antes de este maldito bosque.

[7] Miasma: efluvio maligno que, según se creía, desprendían cuerpos enfermos, materias corruptas o aguas estancadas.

2. OPORTUNIDAD PARA EL DESCANSO EN LA PIEDRA

La Piedra, ciclo Senescente del año 3468 tras la Gran Caída

Habían abandonado el Bosque sin Nombre hacía tiempo y, aunque aquello supusiese en la mente de Lenn una maravilla mayor que ver un dragón saliendo de entre las nubes, el juglar advirtió que el extraño viajero aún no había abierto la boca. El silencio iba tras él como su sombra, sin esfuerzo, de modo consustancial. De hecho, Dominó había prestado más atención a Lenn que compañero de viaje. Una media hora después de comenzar a caminar a la vera del hombre, Dominó cambió de lado y púsose junto a Lenn, amblando acompasada y pesadamente, lento pero seguro. Apenas producía más sonido que un susurro al cambiar de pata de apoyo, pese al enorme tamaño de aquellas zarpas.

Aún no estaba seguro de saber bien qué había sucedido en el bosque. No parecía que un animal, por más que fuese como aquel, pudiera desembarazarse él solo de tres ladrones con pésimas intenciones. Aunque tampoco parecía que aquel hombre hosco y reservado fuese capaz de mover un pelo de su cuerpo para ayudar a nadie, aún menos a él. Había sido como cosa de magia, pero no había rastro alguno de hechiceros por la zona. Sin embargo, ambos eran una agradable novedad que haría su marcha, como poco, más entretenida.

Lenn continuó parloteando sin pausa durante un rato, hasta que cayó en la cuenta de que no iba a obtener respuesta. A partir de ese momento, calló él también. El camino discurrió más rápido y la anochecida sorprendió a los caminantes más allá de lo que Lenn hubiera alcanzado a imaginar que llegaría en esa jornada. En lontananza adivi-

nábanse ya las Montañas del Corte, con sus picos eternamente níveos. El viajero, sin decir nada, apartose de la senda para dirigirse a un grupo de casuchas que estaban a dos tiros de piedra, al este.

En ese breve lapso, desde que dejaron a un lado el Camino Real hasta que alcanzaron la primera casa, una cabaña de mampostería con tejado de paja y adobe, Lenn observó con detenimiento a su acompañante.

Era más alto y corpulento que la media. Un altiricón que veíase justamente como lo opuesto a él, que tenía piernas tan finas como un junco temprano de río. Sobre el capuz añil con sobrecapa, raído por efecto de la lluvia y el viento, llevaba en bandolera un zurrón de piel oscura, pelo corto y duro, con una extraña cerradura con un agujero en el que no cabría ninguna llave conocida. Calzón negro, más holgado que ceñido, que, sin embargo, dejaba entrever unas piernas fuertes, acostumbradas a caminar y a levantar pesos importantes. Un cinturón de piel de carnero gris era el único lujo visible, que dejaba asomar la empuñadura de algo que lo mismo podía ser un machete como una navaja o una falcata. Solo la empuñadura era visible, cubierto el resto del arma por la capa. Las botas, de un tamaño extrañamente menudo que no casaba con el del resto de su dueño, habían conocido mejores días. Seguramente necesitarían suelas nuevas en pocas leguas. La capucha, que hacía innecesario el habitual sombrero de todos los caminantes bajo los cielos, era llevada habitualmente puesta, de modo que no veíase el pelo, los ojos ni prácticamente nada de su rostro. Solamente veía su boca, permanentemente enfadada, rodeada por una cerrada pero cuidada pelusa sin segar desde hacía días. Hasta que no apartase la caperuza, eso era todo. Confiaba en no asustarse cuando pudiera verlo en detalle y de cerca.

Su pareja detuvo su caminar. Tras mirar en derredor con detenimiento, reemprendió la marcha, adentrándose en la aldea. Dirigiose hacia un peñasco del tamaño de tres dragones juntos que presidía la plazoleta ubicada en lo que parecía ser el punto céntrico del poblado. Estaban en La Piedra. Allí toparon con un vecino, a quien el viajero sí dignose en dirigir la palabra. Dominó nada dijo. El viajero detuvo al aldeano estampándole la mano en el pecho. Con más miramientos de los que cabía suponer dada la brusquedad del gesto, dijo:

—Buenas tardes. ¿Sabe de algún lugar donde un viajero pueda pasar la noche y calentarse ante un fuego por un precio justo?

El lugareño observó cuidadosamente a quien habíalo asaltado, calibrando qué tipo de respuesta convenía dar a alguien con esa apariencia. Decidió optar por ser servicial, que no educado, puesto que, al fin y al cabo, con él no habíanlo sido. Señaló hacia una choza que tenía peor catadura que las vecinas, aunque de mayor altura. Luego escupió en el suelo, a medio palmo de distancia del pie de Lenn, que saltó hacia el lado contrario, asustado. Acto seguido, el hombre girose y continuó camino sin una palabra.

Su compañero tocó la parte delantera de su caperuza en sutil e innecesario guiño de agradecimiento y viró hacia donde había señalado. Lenn, que sintió ser tan insignificante como una gota de agua en un torrente, solo fue capaz de seguir los pasos del viajero y el ambleo de Dominó.

En el interior de la posada, si es que lo era, casi había menos luz que fuera, donde ya estaba próxima la noche. Una mísera bujía colgada de un hachón alcanzaba a dar vida a pocas brazas a su alrededor, no más de tres. El resto de la sala estaba sumergida en una oscuridad leve pero densa, mezclada con el polvo del camino que cada movimiento de los parroquianos hacía levitar. En la zona iluminada situábase un tablón de más de tres dedos de grueso sobre otros tantos tocones, sin nudos, pelados hacía años y con marcas de botas en su pie. Sobre el tablón, acodados, cuatro personas: dos de ellas sobrepasaban la cincuentena y los otros dos eran de edad indefinida: lo mismo podía ser poco más de veinte, que rebasar de largo los cuarenta. Ninguno alzó la vista cuando entraron los dos viajeros.

Lenn iba a sentarse cuando notó que aquel que comenzaba a llamar su amigo, dado que aún no había intentado matarlo ni robarlo, había dejado la puerta abierta. Educadamente, dispúsose a reparar ese olvido y cerrarla. De repente, un cepo atenazó su brazo. Al final del cepo estaba su compañero de viaje, impidiendo cerrar la puerta.

En ese momento, Dominó entró en la estancia y el brazo de Lenn de nuevo fue libre. El piso, una mezcla de barro pisado con losas robadas del Camino Real, tenía un palmo y medio por encima a Dominó. Arrastró sus zarpas, sin ruido, hasta el banco donde ya aguardaba el viajero, sentado en una de las seis mesas del local. Irguió el hocico, venteó y tendiose sin levantar una mota de polvo, algo que parecía imposible, visto todo el que había en aquel suelo.

Aguardaron un tiempo hasta que una muchacha con el rostro picado de viruela y dientes que pugnaban por alejarse unos de otros,

acercose a ellos con una bandeja bajo su axila. Ningún pedazo de tela protegía a la axila del contacto con la bandeja o a la bandeja del contacto con la axila.

—¿Habría sitio para pasar la noche y algo para comer, con un poco de vino? Para uno. Y algo sin vino y con más mejunje para mi perro. Cualquier cosa que no esté basada en fruta.

—Para dos, mejor —adelantose Lenn, antes de que la chiquilla, a la que ya quedaba poco para dejar de serlo, hablase.

—Comida y bebida hay, si pueden pagarla —Miró extrañada a Lenn, como si estuviera molesta por ser interrumpida justo cuando iba a hablar—. Para dormir, tengo que preguntar al dueño. Cuando traiga sus mandados les diré también si hay algún jergón libre. El perro —Miró con una mezcla de temor y curiosidad a Dominó—, ¿también necesita sitio para dormir?

—No, para él no es necesario. Duerme sobre el suelo, a mis pies. Aquí esperamos. Y una jarra de agua también. Gracias.

La camarera marchó, echando alguna que otra mirada furtiva atrás mientras franqueaba el tablón-mostrador por debajo y entraba en lo que a todas luces era la cocina.

El viajero cruzó los dedos, todos excepto los pulgares, que enfrentó entre sí. Acto seguido apoyó la barbilla en los pulgares, quedando así con la mirada perdida entre algún lugar de la superficie de la mesa. Estaba cepillada toscamente, sin barniz alguno, pero limpia.

En ese momento, desembarazose de la capucha. Lenn pudo observarlo por vez primera estorbos, con todo el detenimiento del que alguien como él era capaz, que era poco. Nunca centraba su atención en un solo objeto o persona por mucho tiempo.

Su socio era de pelo castaño, pardo, con un ligero tinte rojizo, tal vez herencia de algún antepasado norteño, ni largo ni corto, ni liso ni rizado, perennemente desordenado. Unas cejas pobladas, pero extrañamente finas, enmarcaban un par de ojos de color avellana que parecían no abrirse nunca en su totalidad. Observaban su alrededor dando la impresión de que reservaban su opinión, que nunca mostrábanse del todo tal y como eran. Todo veían, mas nada decían. Eran unos ojos tan mudos como su dueño, imposibles de descifrar y, sin embargo, tan comunes como sus ropajes. Su nariz era, como el resto de la cara, chata, rotunda, nada estilizada, algo que confería un rasgo de vulgaridad a su poseedor. El asomo de barba rodeaba también una boca que, como los

ojos, casi nunca abríase del todo, como buen reflejo de la escasa conversación entre los dos recién conocidos. Era como si tuviera temor de que sus palabras escapasen sin permiso. Si hubiese dejado ver sus dientes, Lenn hubiese apreciado que estos eran levemente desiguales entre sí y no formaban un conjunto armónico, pero sí aparentaban compacidad y resistencia. Estaban extrañamente limpios para lo que solía verse en gentes de esa calaña y, las pocas veces que dejaba verlos, daban el único carácter travieso y achiquillado que tenía su dueño. Una cicatriz, legado de alguna enfermedad cutánea o de un accidente metálico, ocupaba parte del hueco que la barbilla roma conformaba con el cuello, fuerte y macizo, en el que podían apreciarse unas venas que simulaban estar a punto de estallar, como las de un toro bramando al llegar al cadalso. El conjunto era intimidatorio a más no poder y casi hizo a Lenn arrepentirse de haberse unido a él.

Tras recomponerse de aquella mirada, la locuacidad de Lenn no pudo esperar más, intentando suavizar su pánico.

—Bueno, pues aquí estamos.

Silencio.

La chica trajo el pedido y puso a cada uno la comida delante, incluso de Dominó, curiosamente, sin temor alguno en sus maneras. Dejó también una jarra con agua y otra con vino. Limpiose la mano en un paño que pendía del cordón que anudaba su cintura y marchó.

—Pues sí, aquí estamos. Y tiene buena pinta esto… Hacía al menos dos semanas que no comía algo tan bueno como parece que está esto, este…, ¿qué es esto? —Lenn introducía la cuchara en la escudilla, para levantarla luego, dejando caer parte de su contenido. El caldo tragaba las gotas que en él caían, sin salpicar una sola.

El viajero hizo un movimiento. Separó las manos y alzó la barbilla. Manejó con cuidado su morral (Lenn tuvo la impresión de que soplaba en la extraña cerradura con el agujero circular) y extrajo de él una bandeja con fondo alto, sobre la que vertió agua, que puso junto a la comida de Dominó. El perro gruñó agradecido. Primero bebió y luego atacó la comida.

—Estofado de jabalí, juraría. —Por fin el viajero habló, aunque más bien parecía que hablaba consigo mismo y no con el asombrado Lenn.

—Sí, eso mismo pensaba yo. Jabalí, claro. Es justo lo que iba a decir ahora. Una vez comí un jabalí recién capturado por el señor de

Ventogrís, que habíalo abatido de un solo golpe de lanza, según dijo. Lo aderezó con bayas, comino y laurel. El aroma uníase en el paladar con miel, ajos tiernos y champiñones recién cortados. Sin masticarlo, deshacíase en la boca, estaba tan tierno que más parecía cordero lechal que jabalí. Y de postre… —Cuando apreció que su amigo ignoraba sus palabras, ocupado únicamente de su comida, contuvo su lengua un instante. Luego prosiguió—. Bueno, mi nombre es Lenn. ¿Cuál es el tuyo? —Decidió que ya que él habíalo tuteado, debía demostrar confianza como para usar ambos el mismo tratamiento.

—No vas a callarte, ¿verdad?

—Bueno, siempre he creído más agradable el condumio si va acompañado de una placentera charla. Recuerdo una vez que estuve en el acogedor palacio de Lord Bruinnel, que es un gran conversador, y dijo que…

—Córnel, mi nombre es Córnel.

—¡Qué bonito nombre, Córnel! Conocí un Cornelio, años ha, que era un extraordinario tapicero, más allá de las Montañas del Corte. No hay, en toda Otonomia, tapices como los suyos. Podía venderlos por más de cien pesos[8], e incluso doscientos, alguno de ellos. Siempre pensé que era un nombre bonito, tan sonoro, tan señorial. Cornelio, sí señor. Cornelio de Lorences, era su nombre, bordado siempre con cuidado en sus tapices. Recuerdo además aquella hija tan obsequiosa y hermosa que tenía, de un pelo bermellón y ensortijado, tan dulce como amable. Tan hermosa como…

—Solo Córnel. No Cornelio. Y sin apellido.

—De acuerdo, entonces: Córnel sin apellido.

Tras lo que a Lenn pareciole una centuria entera de callada espera, obligada ante el brusco comentario de Córnel, este levantó la vista del plato y dijo:

—¿Hay pan?

—No, no lo ha traído la chica. Será mejor pedirlo. ¿Hola? ¿Puedes traernos un poco de pan de maíz? —gritó hacia la muchacha, que asomaba por la puerta con una bandeja del mismo humeante estofado para otra mesa vecina. Ella asintió desde lejos.

[8] Dinero, peso, sol, real, cuarto, blesi: unidades monetarias de Homeria. El blesi es la de menor valor: con 2-4 blesis se compraba una hogaza de pan. Un peso eran 8000 blesis, con lo que 100-200 pesos por un tapiz era una cantidad enorme. Véase APÉNDICE 7. MONEDAS – UNIDADES DE MEDIDA.

Córnel acarició el lomo de Dominó. El perro ronroneó como haría un gatito de ciento cincuenta libras, tan ronco y pesado como un caballo que manifestara su agradecimiento por una golosina recién recibida.

—¿Hacia dónde dirigís vuestros pasos? —Lenn volvió, sin pretenderlo, al tratamiento de respeto, acostumbrado como estaba a dicha delicadeza, habitual en las cortes que frecuentaba. Fluía de él de manera involuntaria—. En días como estos es un riesgo vagar por los caminos en solitario, aunque vos parece que sois más que capaz de protegeros, y resueltamente, además. Claro que depende de aquello a lo que uno dedique sus afanes. Si sois comerciante, no queda otro remedio que deambular de un lugar a otro, hacia donde el negocio brinde mejores oportunidades. Si sois mercenario —Enarcó sus cejas—, seguro que hay bellas damas y atribulados padres a quienes proteger de las incidencias de un vagar inconstante a cambio del debido pago.

—Solo camino al sur. Mi destino e intenciones son cosa mía.

Este nuevo cerrojo a la charla molestó a Lenn. Determinó concentrarse en su escudilla y el contenido de esta, más sabroso de lo había supuesto en la primera mirada.

No podía permitirse el lujo de prolongar su enfado, así que volvió de nuevo a la carga, atacando con su siempre fresca conversación:

—Pues mis intenciones son llegar a la Corte del Valle Plateado, a la ciudad de Valdor, para entrar a formar parte de la legión de artistas a sueldo del gran Mecenas. Si no resultara inconveniente, en caso de que nuestro destino solape los itinerarios al menos un tiempo, sería para mí un placer contar con vuestra compañía. Cualquier viaje siempre resulta más placentero si no es en soledad. Ya está, dicho queda…

Lenn enfurruñose cual chiquillo malcriado al que acabaran de arrebatar su regalo de cumpleaños por no cumplir con sus tareas. Su compañero de mesa continuaba, pausado y tranquilo, con la cena. Casi había acabado su ración, ignorando por completo el comentario de Lenn.

Aquel día habían estado a punto de robarle todo lo que llevaba consigo o quién sabe si algo más. Por poco que hablase, tenía que intentar quedarse con aquel bruto y su perro.

—Podría amenizar los pasos con mis canciones. Canto muy bien, según dicen, y tengo un repertorio más extenso que la Gran Biblioteca de Medulia. Desde cantos de caballería y aventuras hasta bellos romances para

agradar a las damas o a un alma sensible. Todos ellos fluyen de mi garganta hacia los oídos agradecidos sin un gallo ni un mal tono que entorpezca su viaje. Y compartiría mi alimento con mi compañero de viaje, si tuviera alguno. Compañero, no alimento, que de eso seguro que siempre iré bien provisto, gracias a mi generosa bolsa. —Confió en que esa exhibición de poderío económico que acababa de inventarse inclinara la balanza hacia él.

—Si callas un poco y no molestas a Dominó, podrás caminar con nosotros.

—¡Oh, claro! Creo que es una lástima, ya que según cuentan, mi voz es clara como el cristal mejor soplado, pero el silencio también puede ser bello si el paisaje préstase a ello. No hay problema alguno si el señor prefiere la meditación y tranquilidad a la belleza del canto y la agudeza del ingenio bien afilado presente en otras de mis composiciones, capaces de encandilar los ánimos de caballeros fogosos y de sonrojar a damas púberes. O callo y solo caminamos. Como prefiráis.

Lenn no sabía qué temor extraño impulsábalo a parlotear de aquella manera y a vosearlo cuando el extraño no hacía tal cosa. Había algo de distinguido en sus maneras, latente en su fondo, que hacía que el tuteo no fuese apropiado con aquel hombre. Lenn no sabía cómo dirigirse a él y eso desconcertaba al bardo, ya que era algo que no había sucedido nunca, que recordase.

Normalmente sabía cómo tratar a las personas. Ese era uno de sus puntos fuertes: tenía que conocer a las gentes, saber sus gustos para poder ofrecérselos en forma de trovas y así vivir de ello. Pero a este no sabía qué darle, qué ofrendarle, qué podría gustarle o necesitar. Era como si no precisara nada, o al menos nada que Lenn pudiera ofertar.

Fue rescatado por la chica. Irrumpió en su conversación, si así podía calificarse aquello, sin preocuparse por lo que ello podía conllevar. Era evidente que estaba acostumbrada a interrumpir a las personas, a cortar sus charlas, algo, sin duda, heredado después de años tras aquel tosco mostrador.

—El posadero dice que hay lugar para dos más en la sala de arriba. Es la segunda habitación que encontrarán en el pasillo. Así que, si aceptan, pueden quedarse por esta noche. Son dos reales, uno por cada uno. Ya está contada la cena.

—De acuerdo. Aquí nos quedamos. Mañana saldremos a primera hora, con el alba. Prepárame algo de ese asado, con una hogaza de pan, para llevar y añadiré dos cuartos más a mi parte.

—Para mí no será necesario —Lenn recordaba en esos momentos lo exiguo de su bolsa—. Dado lo generoso de esta sabrosa cena, creo que mañana no tomaré nada para desayunar. Así que yo pagaré solamente un real que, por otra parte, considero suficiente pago para lo que hemos recibido, dicho sea esto sin menospreciar en absoluto el buen nombre de esta insigne posada.

Tras este dispendio imprevisto, solo quedarían en su bolsillo dos monedas, que deberían bastar para muchos días.

—Habréis de pagar ahora, si es que queréis quedaros, señores. No son buenos días para fiar a los desconocidos.

Córnel, sin mirar a la muchacha, extrajo de su zurrón tres monedas que dejó encima del tablón, junto al pote ya vacío. Mientras la camarera comprobaba el importe, Lenn comenzó a investigar en su hatillo, con exagerados ademanes y comentarios zafios sobre dónde escondíanse las cosas cuando uno estaba buscándolas. Tras unos instantes de infructuosa espera, la zagala diose por vencida y marchó con las tres monedas de Córnel, obedeciendo a gritos procedentes de la cocina, que parecían reclamarla.

—Como no pagues tu parte, no creas que seré yo quien lo haga. Y, en ese caso, mañana no caminarás conmigo.

—¿Cómo podéis pensar algo así? Por supuesto que voy a pagar la cuenta. Bueno, más bien mi parte de ella, dado que la chica ha puesto igual rasero para todos. Yo solo he ingerido el contenido de una escudilla de un estofado frío y gotoso, pero vos habéis comido vuestra parte y el perro ha comido también lo suyo. Y mañana os dará un refrigerio para el camino. Y todo eso por solo dos cuartos más de lo que a mí está reclamándome. Además, el servicio dejaba bastante que desear… ¡Ni que nos hubieran dado tenedores furtivelianos! No, eran las míseras, comunes y rancias cucharas madera de siempre. Pero no os turbéis, tengo en mi bolsa dinero suficiente para esto. Y, dicho sea de paso, ¿por qué extraña razón y aventurado interés vinculáis nuestra permanencia como pareja de caminantes a que yo sea persona de buen pagar, al menos en este caso?

—No trato con maleantes.

—Siento disentir de lo que decís. No estáis hablando con ningún maleante, como parece que estáis dando a entender. Provengo de antigua y noble familia. Mi educación ha sido esmerada y profusa. No disfruto de comandas que no sea capaz de abonar con mis propios medios.

Y por supuesto que pago mis deudas, sean cuales sean…, tan pronto puedo —Dejó de disimular y sacó uno de los tres reales que tenía en su bolsa, a los que llevaba dando masajes entre sus dedos desde hacía un tiempo—. De hecho, aquí tenéis lo que esa muchacha dice que adeudo por esta exigua pitanza.

Elevó la mano con el real en ella hacia la moza que, en cuanto advirtió que iba a ser pagada, rápidamente acercó su rechoncho cuerpo, embutido en una grasienta jerapellina[9], hacia los comensales. Recogió la moneda con una leve inclinación y desapareció tras la puerta de la sala de donde había surgido la cena.

—¿Contento?

Su compañero ni siquiera dirigió a Lenn una mirada de respuesta a la pregunta, que sabía retórica. Ignoró al bardo por completo, centrando su atención en el fondo de la sala.

Al ver que no obtenía respuesta en aquel nuevo intento de establecer tertulia, Lenn dirigió su mirada al lado opuesto de la estancia, al mismo lugar que parecía hacerlo su compañero de mesa. Córnel hacía rato que mantenía sus ojos fijos en una esquina, donde estaban unos entontecidos clientes tomando algún líquido en jarras mordidas, regalando vistazos esquivos y ocasionales a la pareja recién llegada. Lenn sabía que todo lo nuevo es noticia y, por ello, motivo de curiosidad. Pero su amigo parecía no ser tan habitualmente objeto de la atención de la gente: el repaso al que estaba siendo sometido parecía inquietarlo.

Debido a ese examen o por otra razón insospechada, en ese mismo momento y sin mediar palabra, Córnel levantose, renqueante y pesado cual anciano. Rozó levemente la cabeza de Dominó posada en el suelo y dirigiose a la puerta con el perro tras él, agitando la cola de lado a lado.

Lenn quedó solo en la mesa. Dedicó unos instantes a pensar en su situación. Encontrábase en la senda iniciada semanas atrás, cuando partió de Molienda dirección a Valdor del Camino, rumbo a una carrera como bardo al servicio de algún pudiente. En el trayecto había compartido viaje con un comerciante de telas sordo de un oído, que intentó hacerle un traje y al que distrajo las calzas que en aquellos momentos llevaba puestas. Más tarde con un dentista itinerante, que viajaba en una carreta en la que acopiaba multitud de ungüentos y afeites. Cobra-

[9] Jerapellina: vestido viejo y andrajoso.

ba precios desorbitados cuando trataba a algún incauto que acudía a él presa de dolores que atenazábanlo y no permitían su sueño. Con ese acabó peor, ya que cuando intentó robarle una pomada para sus doloridos pies, que antes había intentado pagar con canciones sin alcanzar un acuerdo, fue sorprendido con la mano en su alacena. Presto sacó su látigo y amenazó a Lenn con él. No pudo hacer otra cosa que, sin pararse a discutir sobre su inocencia o culpabilidad, escapar tan rápido como sus lacerados pies permitieron. Después deambuló dirección sur durante varias jornadas, solo, viendo como sus provisiones y monedas disminuían, teniendo problemas en cada aldea, comiendo bayas y frutas de los arbustos que hallaba a la vera de su itinerario. Hasta que encontró, en realidad fue encontrado, por Dominó y Córnel, en ese orden.

En esas estaba, sin haber decidido nada aún sobre si era mejor caminar en soledad o acompañado, cuando un aullido estremeció toda la fonda. Sonó como si el lobo del que procedía estuviera a dos pasos de la entrada al local. Los parroquianos temblaron desde el primero al último, incluyendo a la camarera, que dio tal respingo que derramó parte de la cerveza que llevaba en la mano. En la mente de Lenn dibujose un lobo del tamaño de Dominó. Esto hizo que la decisión pendiente de tomar adelantase camino: permanecería con Córnel y su perro…, si es que no era este quien había aullado de aquella manera.

Córnel regresó en ese momento a la estancia, con Dominó tras de sí. Lenn comenzó a asaetearle con preguntas sobre el aullido. Cuando las cuestiones llegaron a si había sido Dominó el que aulló de ese modo, Córnel dirigió hacia él una mirada de desprecio (¿o tal vez de amenaza?). Recogió sus pertenencias, que aún estaban junto al banco donde habían cenado y, con una palmada en el flanco del perro, enfilaron ambos las escaleras que comunicaban la sala con las habitaciones destinadas a los huéspedes, en el piso superior.

—Daría gracias a todos los posibles dioses de todos los posibles mundos si aquellos que van tras de mí fueran únicamente un rebaño de pacíficos lobos. Esos únicamente podrían devorarnos —dijo Córnel.

Lenn quedó solo, aún más agitado que antes. Córnel dirigió a Dominó por delante con un nuevo toquecito en su pata trasera y ambos fueron en busca del merecido descanso nocturno.

¿Por qué había usado el plural cuando hablaba de que esos supuestos lobos *podrían* utilizarlos como cena, si primeramente habíase referido a él nada más al mencionar que era objeto de una cacería? ¿Ya

estaba considerándolo como alguien perteneciente de pleno derecho a su grupo de viaje, a su caravana de dos miembros? ¿Y quiénes eran aquellos que acechaban a Córnel? ¿Sería ese Córnel un creyente, dado que acababa de referirse, no a uno, sino a todos los dioses y de todos los mundos? ¿Cuántos más mundos conocía ese personaje? ¿Y qué más mundos había bajo el cielo de todos? Lenn únicamente conocía el que pisaba cada día y no había oído historia alguna de otro que no fuera ese. ¿Pertenecería acaso Córnel a la Orden de los Maldecidos? Era conocido que bebían para su sustento sangre humana mezclada con leche de madre primeriza, sin reparar en a quién tuvieran que sacrificar para obtener tan insólito alimento. Tal vez eran estos quienes estaban buscándolo. ¿Y si Lenn era encontrado a su lado? ¿Qué podrían hacerle a él?

Agitó su cabeza y siguió a Córnel.

Un nuevo aullido de un nuevo lobo traspasó de nuevo las paredes.

Una rata que cruzaba el pasillo hacia la habitación delante de él quedó paralizada. Imposible saber si fue por la presencia de Lenn o por el sonido del lobo. Tras un instante, el roedor arañó el suelo de madera al huir hacia algún sitio más seguro, rauda como el eco que había atravesado la noche, desde quién sabe cuánto de lejos hasta llegar al corazón de Lenn y anidar allí para desvelarlo.